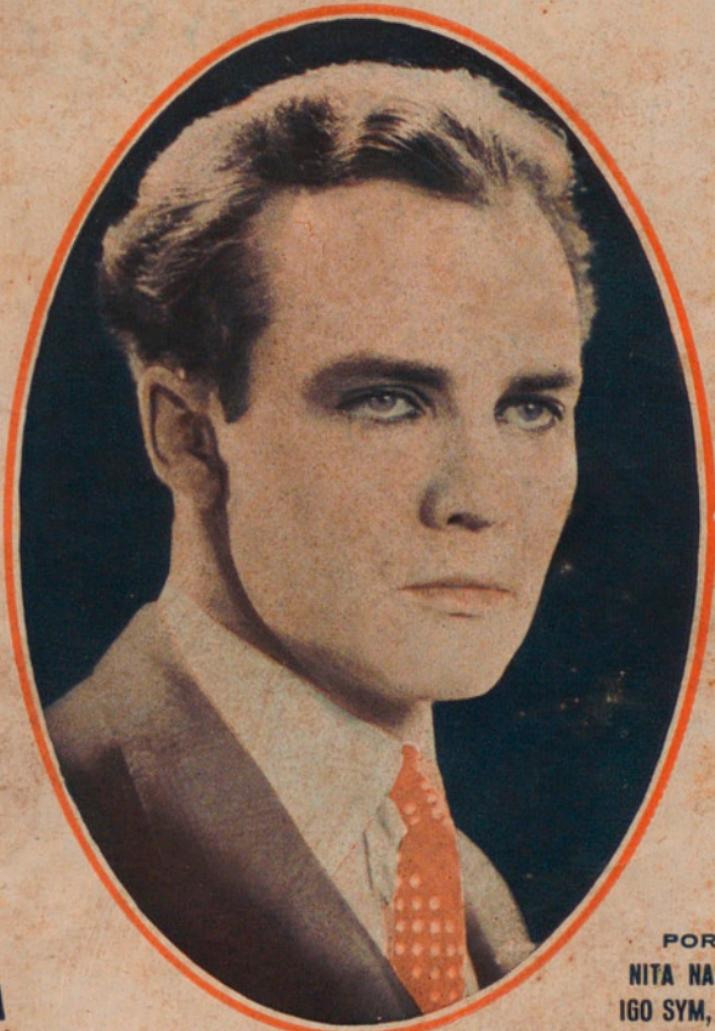


BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica



**LA
MÁSCARA DE ORO**

POR
NITA NALDI,
IGO SYM, ETC.

—
50 cts.

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléf. 4423 A.

LA MÁSCARA DE ORO

Historia original de un original viaje

Interpretación de

NITA NALDI y OGÓ SYM

SASCHA FILM

Exclusivas VICTORIA

BARCELONA

LA MÁSCARA DE ORO

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

Argumento de la película

No es debido este drama a la imaginación de un escritor, sino a la fantasía de la vida misma, que a veces se complace en escribir novelas de amor y de dolor con la maestría de un artista consumado

Los héroes de esta historia, pertenecientes a la aristocracia vienesa, viven todavía, se mueven y quizás saborean ese contento egoísta que se siente hermoso parque vienesés de atracciones, descansa "film", los editores se han limitado a cambiar sus

nombres, para no entregar a la curiosidad pública el decoro de unos apellidos respetables.

• ORO FABRICA M. B.I.

* * *

En el aire límpido de la mañana, el Prater, el hermoso parque vienesés de atracciones, descansaba de las fatigas nocturnas.

Todo era en él silencio, los mil aparatos y los seres que vivían en aquel lugar, estaban sumidos en el sopor que sigue a la tiranía del trabajo durante horas y más horas.

Era el día 16 de mayo de 1926. Faltaban pocos minutos para las ocho de la mañana, y un coche elegante, arrastrado por dos briosos caballos, se dirigía hacia el Prater, llenando de ecos sonoros la tranquilidad de las calles.

¿Qué misteriosos seres iban en el coche aquél?

No se sabía. Las cortinillas bajadas libraban los de la curiosidad pública, y en el semblante del cochero no se adivinaba la menor huella que permitiese penetrar en el enigma del vehículo cerrado...

En el parque, Lorenzo Adam, propietario del pequeño ferrocarril que por las noches recorría un corto trayecto de cinco minutos de duración, con gran éxito, pues era una atracción que entraña de lleno en el gusto de los enamorados, por la agradable idea que tuvo el dueño convirtiendo en grutas todo el recorrido, en sombras en su mayor parte, reparaba la instalación eléctrica, desde cuyo cuadro distribuidor hacía funcionar el ferrocarril.

Le interesaba al ambicioso propietario, cuyo carácter era de pronóstico reservado, que no tuviese nunca el más insignificante tropiezo su serpiente de hierro y madera tan parecida a un juguete infantil.

Por tal razón no dejaba en manos de otros el repaso diario de todo: instalación eléctrica, rieles, estado de las grutas — porque era inevi-

table que alguien se complaciera en arrancar estalactitas o stalagmitas de yeso, hábilmente imitadas—, limpieza de los bancos del ferrocarril, y otros detalles más.

Pero aquella mañana el repaso duraba más que de ordinario, porque Adam había modificado algunas cosas.

Entretanto, Mary, la taquillera de la atracción del ferrocarril en miniatura; una de esas muchachas de belleza suave, de alma blanca, que se deslizan calladamente por la vida, que rien y lloran sin estridencias, sin alardos, siempre fijo en el ánimo el deseo humilde de no llamar la atención, salía del parque para regresar a poco con un bote de leche y un pan, desayuno de ella y de su padre, único y adorado ser a que se reducía la familia con quien vivía.

Adam vió a Mary y le dijo:

—¿Ha terminado ya tu padre las figuras para las estaciones?

Un poco azorada, Mary respondió, sin vacilar:

—Sí, señor Adam... naturalmente.

—Bien. Me lo figuraba. Dile que las coloque cuanto antes.

—Se lo diré... se lo diré...

Mary reunióse al momento con su padre, que



El buen Matías, modelador de figuras de cera...

trabajaba en el fondo de la estación del ferrocarril, y le encontró tal como lo dejara al salir: trabajando alegremente.

El buen Matías, modelador de figuras de cera

para las estaciones del ferrocarril, y padre de Mary, a quien él, en los momentos de buen humor — pues tenía ratos de todo — llamaba “su mejor obra”, había estado esperando con impaciencia el desayuno, y batió palmas al ver reaparecer a la muchacha.

Mary comprobó sin decir nada el trabajo de su padre, alegrándose a medias, puesto que, aunque no estuviera terminado, no faltaba mucho para que se acabara. Todas las figuras estaban listas; sólo faltaba parte de la última.

—Esta figura la terminarás en seguida, ¿verdad, papá? — preguntó —. Desayúnate, y ponte activamente luego a concluirla. Así, antes de comer, no quedará nada pendiente de este encargo del señor Adam.

—Ya veremos, niña... Tú corres demasiado...

—Desayúnate ya, y hablaremos... Siéntate...

—¿Leche, Mary? No, hijita, no... Voy a tomar algo más sólido... Necesito alimentarme bien... De aquí a la noche tengo tiempo de sobra para terminar mi labor.

—¿Adónde vas?

—A la taberna, es decir, a la casa de comidas. Tengo apetito.

—¡Oh, papá! No te lo quise decir antes, pero el señor Adam cree que todas las figuras están terminadas. Yo se lo he dicho al preguntármelo.

—No tiene importancia...

—Papá, no es mucho lo que te falta. Acaba, pues, antes de marcharte, te lo ruego...

—No seas tan nerviosa, mujer. El señor Adam no se te va a comer porque yo no le haya terminado todavía sus figuras. Esta noche estarán, y no creo que él las necesite antes de la noche.

—¡Papá, por Dios! ¡Que nos jugamos el empleo!... ¡Tú no sabes cómo las gasta el señor Adam!

—¡Bah! Las mujeres sois unos mansos corderos.

Y, a pesar de las reiteradas súplicas de Mary, el buen señor Matías salió a la calle, para satisfacer las exigencias de su estómago.

A todo esto llegó a la puerta del parque el coche que antes vimos acercarse a este lugar de distracción.

Un policía, de guardia en el barrio, indicó al cochero que estaba prohibida la entrada de pe-

tones y carruajes en el Prater a aquella hora; pero anuló lo dicho cuando una mano femenina le mostró la siguiente tarjeta:

POLICIA DE VIENA

*Permitase la entrada al Prater al portador de
de este pase.*

Un hombre, empleado en el parque de atracciones, franqueó la entrada al coche y éste rodó sobre el fino suelo, deteniéndose junto a la estación del ferrocarril.

Una mujer se apeó del vehículo.

Era la bailarina Valette, conocida también por "la bailarina de la máscara de oro"; una "estrella" del cielo coreográfico de Europa, y en su alma, la vanidad y la ambición habían ahogado la voz del sentimiento.

Alta, esbelta, sensual, dominadora, había tenido una infinidad de amoriós, cuyo final provocó

impíamente al obtener el beneficio que esperaba.

Valette vió a Adam, que salió a ver qué era lo que quería de él aquella hermosa mujer, y le dijo secamente:

—Deseo que funcione inmediatamente el ferrocarril.

Adam, sorprendido, contestó:

—Siento no poder complacerla, señora... pero el tren de las grutas sólo funciona por la noche.

—No importa. Pagaré bien el capricho. Tenga.

Le dió un billete. Adam, maravillado, no protestó ni por asomo, dispuesto a quedarse con el dinero a cambio de permitir a la dama una vuelta de cinco minutos en el tren.

—Cuando usted lo deseé, puedo poner en marcha el ferrocarril — dijo a la bailarina.

Valette volvió al coche y pronunció unas palabras a alguien que había dentro. Luego le tendió las manos, y no tardó en asomarse fuera del vehículo el pálido rostro de un simpático y distinguido joven.

Era el conde Cristián de Bosnia. Hacía apenas unos meses, sentía saltar dentro de sí la alegría desbordante de la juventud. Hoy era ruina

humana que arrastraba penosamente la pesada cadena de la vida.

Apeóse, ayudado por Valette, y echó a andar colgados sus brazos en sendas muletas.

Penetraron el conde y la bailarina en la estación, y el lisiado tomó asiento en uno de los bancos del ferrocarril, dejando a su lado las muletas y el sombrero.

Valette iba a acomodarse junto a Cristián. Parecían buenos amigos; pero se desgarró de repente el velo de la realidad: se odiaban. Prueba de ello fué esta réplica del conde:

—¡Vete! ¡Quiero ir yo solo!

La bailarina encogióse de hombros y salió de la estación.

Cristián se sintió más aliviado en su dolor sin la presencia de ella, y esperaba con verdadero afán la partida del pequeño tren.

Adam, a punto de accionar el resorte de puesta en marcha del ferrocarril, gritó, dirigiéndose su voz al fondo del recorrido, donde suponía que estaba Matías colocando la última figura del cuadro final del corto recorrido:

—¡Preparados!... ¡Va un viaje extraordinario! Mary, asustada, y presagiando un disgusto muy serio si Adam se daba cuenta de que en la última estación una de las figuras estaba sin terminar, gritó a su vez, como si con sus gritos, a guisa de imán, creyese poder atraerse a su padre:

—¡Papá!... ¡Papá!

El ferrocarril se puso en marcha.

Mary, desconcertada, limpiaba atropelladamente aquella estación casi inmediata al término, que Matías había convertido en "estudio".

¡Qué ocurrencia la de Adam poner en funcionamiento, a aquella hora, el ferrocarril!

¡Qué loco había sido el que se empeñara a hacer un viaje!

Era inútil hacer comentarios. Estos no conducirían a nada, y sólo le interesaba hacer desaparecer de la estación, o, mejor, visión durante el trayecto, todo lo que no se relacionara con las figuras, lo cual no era poco.

Pero lo más difícil no era quitar de allí lo innecesario, sino ocultarlo en un sitio en donde no pudiesen ser vistos por los "viajeros".

El ferrocarril se deslizaba suavemente sobre los raíles, hundiéndose en los túneles y reapareciendo en los intervalos como si necesitase tomar aliento para hundirse de nuevo en otro túnel.

Valette, que, enojada, había subido al coche que la condujo, con Cristián, a aquel parque, encontró en el asiento del conde una carta dirigida a ella. Rasgó el sobre y leyó con avidez.

Valette:

Por propia voluntad voy a romper los lazos de odio que nos unen. Elijo este sitio, porque en él se deslizaron las horas más dichosas de mi vida.

En ese tren en miniatura voy a emprender el último viaje, ese viaje del que no se vuelve. Adiós. Te dejo sin amor y sin odio.

Cristián

Valette vaciló un momento, pero deseosa de verse libre del lisiado, apagó criminalmente la voz de su conciencia, y abandonó el coche para volver a su casa, no importándole lo que le pudiera ocurrir a Cristián, gozando en pensar en lo único que podía proporcionarle la ocasión de romper con él sin temor: la muerte.

II

El viaje del ferrocarril duraba, como sabemos, cinco minutos. Cada minuto aparecía una estación, o, como hemos dicho antes también, una visión de figuras de cera con movimiento representando escenas de novios, de torturas inquisitoriales, y otras escenas, alternando el placer con el dolor, pero recargando el dolor, para enseñanza de incautos.

Pasó el primer minuto de aquel viaje original.

Cristián, resuelto a morir, empuñó un revólver, pero lo distrajo de su intento la primera visión que le salió al paso.

Aquellas figuras grotescas tenían para el suicida un gran poder de evocación: le recordaban las escenas de su vida, aun no lejanas, en que

el amor y la fuerza de su juventud le hacían considerarse el hombre más dichoso de la tierra.

Por su mente desfiló una exquisita aventura:



Cristián, resuelto a morir...

“Se hallaba en el parque, en aquel mismo parque de atracciones.

“Un desconocido se le acercó y le dijo, muy cortésmente:

“—Soy el barón de Lenar... Le agradeceré muy de veras acepte usted esta flor...

"Cristián miró con sorpresa a aquel caballero que sin haberle visto nunca le hablaba como a un amigo, y, después de examinarle un momento, se presentó como conde de Bosnia.

"¿Se adivinaron nobles? Acaso sí.

"El barón sonrió satisfecho de que Cristián no rechazase la flor que le ofrecía, y, comprendiendo que su gentileza necesitaba una explicación, le hizo la siguiente revelación:

"—Por carta le pedí una cita a una linda joven, y esta flor, que ella ostentará, debía ser la señal para reconocernos.

"—¡Ah! ¿Una aventura, señor barón?

"—Sí... pero renuncio, sin dolor a ella... La he visto, está esperando... y no quiero causarle una desilusión, pues yo soy ya demasiado viejo para esas lides de amor.

"Había serena tristeza en la renuncia del barón. La carta que enviara a la encantadora mujercita que le estaba esperando, no revelaba sus años, sino, todo lo contrario: ansia de vivir en plena juventud, en exuberante primavera.

"Le había dicho únicamente que él era uno de sus más fervientes y leales admiradores, y que

no le agradecería nunca bastante el honor de aceptar su compañía aquella tarde que sabía tenía libre.

"La gentil muchacha, curiosa como todas las mujeres, no se negó a hacer tal concesión, ya que estaba allí, con la flor convenida, esperando al desconocido admirador.

"Aceptando que la acompañara aquella tarde por el parque no encerraba compromiso para el futuro ni la ligaba a él. Era, simplemente, un capricho mutuo.

"El barón no era de los ilusos, y al ver a la lozana joven, pensó en que a sus años no era de buen tono hacer el amor a una muchacha que podía ser su hija y también su nieta.

"—Vaya usted en lugar mío, conde — dijo a Cristián—... La juventud llama a la juventud.

"Este aceptó, y sin titubeo alguno fué al encuentro de la aventura, que, a juzgar por la apariencia, era encantadora.

"—Señorita...

"—¡Ah!... ¿Es usted?

"—Nos buscábamos... y, ya ve usted, sin co-

nocernos nos conocemos. Yo me llamo Cristián.

"—Yo, Mary... como usted sabe...

"Hemos dicho Mary, y nos referimos a la gentil taquillera del pequeño ferrocarril.

"Se gustaron, porque los dos eran agradables y jóvenes y soñadores.

"Fueron de atracción en atracción; y arrastrados por aquel torbellino del Prater, se sintieron tan unidos, tan identificados entre sí, como si su conocimiento datase de algunos años y no de minutos.

"—Yo me pasaría la vida aquí todas las horas del día... — dijo Cristián, aspirando, muy cerca de ella, el perfume de Mary.

"—Yo... yo también... — musitó la doncella, feliz.

"Querían quedarse un poco más, pero Mary no podía, pues la obligación la llamaba a otra parte: a su garita de taquillera.

"—Tengo que volver a mi casa. Es tarde ya — dijo a Cristián.

"—Como usted quiera.

"Se encaminaron hacia la estación del ferrocarril.

"—¿Vamos a subir? — dijo Cristián.

"—No. Hoy no. Otro día.

"—¿Entonces?...

"—Vivo aquí mismo. ¿No lo sabía?

"—Sabía que era usted la taquillera, pero nada más.

"—Pues de mi cuarto a la taquilla, hay pocos pasos. Vivo con mi padre.

"—¡Cómo le envidio!

"—¡Pobre papá! Si le oyese...

"—¿Puede haber mayor felicidad que tenerla a usted cerca, de la mañana a la noche?

"—¡Cómo se burla!

"La taquillera que ocupaba, por turno, la garita, vió a Mary, y como ella también tenía alguien que la esperaba, le gritó, para que se apresurara a despedir al amigo:

"—¡Mary!... ¡A ver si te das prisa, que tengo que marcharme!

"Cristián y Mary se separaron, pero citados para el día siguiente.

"Pasaron algunos días. Durante los mismos se sucedieron las entrevistas de los dos jóvenes, y

bajo los robles centenarios, como sobre la fresca hierba de los prados, tejieron la tela de oro de su amor.

"—¡Mi linda taquillera!... ¡Eres la mujercita ideal... la que sólo la muerte podrá separar de mi corazón! — exclamó Cristián, al oído de ella, aquella hermosa tarde.

"—No me mientes cariño, porque yo te quiero y sufriría mucho si me dijeses un desengaño.

"—Si ya no puedo quererte más, preciosa mía!

"Mary vivía como en sueños. Paseos al campo con un seis cilindros, una casa en el Prater, un novio conde, rico y joven... ¿qué más podía pedir la humilde taquillera?...

"Durante uno de sus viajes al campo en *auto*, un poco más largo que los anteriores, Cristián, que sintió apetito, detuvo su coche frente a una casita y preguntó al hombre que acudió a su llamada:

—¿Podría usted darnos algo de merendar?

"Acudió una señora, la esposa de aquél, y decidieron los dos complacer lo mejor posible a los viajeros.

"La merienda fué pródiga y apetitosa.

"Además, aquel bondadoso matrimonio los trataba con extraordinaria simpatía, confundiéndoles, sin duda, a causa de lo cariñosos que eran Cristián y Mary entre sí, y un poco tímidas ella, con dos recién casados.

"Mary estaba más hermosa que nunca aquella tarde, y Cristián recreábase en su contemplación, ruborizándose la hermosa.

"Unos muchachos rodeaban y subían al soberbio coche de Cristián, sin dar tregua a la bocina, como demonios. Cristián fué a ahuyentálos, temeroso de que dejándose llevar de su instinto de curiosidad le causaran algún destrozo.

"A aquella escena con los muchachos hizo cruzar por su cerebro una idea atrevida, dictada por su deseo...

"Sin detenerse a meditar sobre su proyecto, levantó la caja del motor y separó un contacto.

"Regresó luego al lado de Mary y de los buenos campesinos; y al poco decidió la marcha, agradeciendo vivamente al unido matrimonio las bondades que había tenido para con ellos, ya que, encima de la amabilidad con que fueron

acogidos, se negó rotundamente a cobrarles la merienda.

"Mary se instaló en el coche, ajena al ardor de Cristián, que hizo lo propio que ella frente al volante.

Pero ocurrió que el auto no se ponía en marcha por más que lo tratase su dueño.

"—¿Qué habrá sucedido? — inquirió Mary.

"—No sé — respondió Cristián.

Disimulando, el conde se apeó y se puso a examinar el motor, sin que supiera encontrar el motivo de la avería.

"—¿No funciona, Cristián? — dijo Mary, tranquila.

"—El motor tiene *panne*... Seguramente esos chicos que han estado aquí lo han estropeado — manifestó aparentemente preocupado el conde.

"Mary, que pensaba en su padre, dijo, acercándosele lo más posible:

"—¡Oh, Cristián!... ¡Necesitamos estar en Viena antes de la noche!

"Volviéndose a los campesinos, él les preguntó, aunque conociera la respuesta que le darían:

"—¿A qué hora sale el próximo tren?

"Mary escuchaba con angustia.

"—Es inútil que se molesten en ir a la estación. El último tren ha salido ya. — contestóle el amable campesino.

"Mary se dejó caer desfallecida en el asiento del coche, en tanto que el matrimonio hablaba en voz baja.

"—Podemos decirles que se queden aquí por esta noche... Parecen recién casados...

"—Sí... Eso creo yo también...

"Y habló así el marido a Cristián:

"—Si los señores quieren honrar nuestra casa, tendremos mucho gusto en cederles nuestra habitación...

"Mary se sobresaltó y con una rápida mirada indicó a Cristián que ella no aceptaba tal cosa...

"Pero el conde, sonriéndole y hablándole con los ojos, la hizo enmudecer, y dijo al campesino:

"—Aceptamos muy agradecidos esta nueva prueba de su generosidad. Mi esposa está un poco fatigada, y descansaremos hasta el nuevo día.

"...Y a la mañana siguiente, Mary pudo decir con razón a Cristián:

"—Amor mío... ahora sí que soy tuya.. tuya para siempre.

"El no sonrió como otras veces.

"Había abusado de Mary, y se arrepentía de que ella, tan buena, tan cándida, hubiese caído pensando más allá del pecado..."

III

La imaginación de Cristián volaba hacia el pasado, mientras el ferrocarril seguía rodando sin prisa por los relucientes railes.

Pasó otro minuto...

La última figura seguía sin terminar, y el tren se iba acercando a la estación de término.

Otra visión atrasó el momento del suicidio del lisiado, que recordó... recordó...

"Fué en el *grill room* del "Gran Hotel" donde Cristián vió por primera vez a la bailarina Vallette, a quien los hombres rendían vasallaje, como a una reina.

"La irresistible mujer se había fijado en él,

chocándole su indiferencia, que contrastaba con el fuego en que ardían sus admiradores.

"Cristián estaba imaginariamente lejos de allí, y no le importaba lo más mínimo la presencia de la adorada mujer.

"Valette, acostumbrada al triunfo, no podía comprender cómo cerca de ella había un hombre que no caía prisionero en la red de sus encantos.

"Nerviosa, dijo:

"—¡Toque la "Marcheta", maestro!

"La música acató al punto el deseo de la bailarina, y ésta exclamó entonces:

"—¡Quiero bailar!

"Los tres admiradores que estaban con ella, se levantaron a un tiempo, ofreciéndose a ser su pareja.

"Ninguno de los tres fué elegido.

"—¿No dijo usted que quería bailar? — preguntó el más necio de los derrotados.

"—Sí, amigo mío... pero con un desconocido... Gastón, ¿quiere usted invitar a bailar conmigo a ese caballero silencioso y hurano?

"El que respondía por Gastón no se negó a complacer a Valette.

"—Caballero, la señorita Valette, nuestra más famosa bailarina, desearía bailar con usted.

"Cristián contestó:

"—Dígale a esa señora que lo siento mucho, pero que no sé bailar.

"El chasco hirió a la orgullosa mujer.

"No podía permanecer un momento más allí. Despidióse sin demostrar su enojo.

"—Dispénsenme que me retire tan pronto... Tengo una jaqueca horrible... —dijo a sus admiradores.

"A poco se levantó el conde y salió del grill room, envidiado por los fracasados tenorios que rondaban en torno de la eminentе bailarina.

"Al llegar al despacho del hotel no encontró en el tablero la llave de su cuarto.

"—El señor conde debe haberla olvidado arriba... Aquí no está.

"Subió Cristián a su habitación, y vió que, en efecto, "había" dejado olvidada la llave en la cerradura.

"Quitóse la americana y se puso un batín.

Se deshizo el lazo de la corbata, pero deseoso de fumar, buscó su pitillera, dejando para luego el quitarse el cuello.

"Extrañóle no encontrar la pitillera, y cuando



Valette salió de su escondite, y muy amable, con pasmosa naturalidad...

se preguntaba quién la había tocado, pues acababa de dejarla encima de una mesita, vió el humo de un cigarrillo ascender del respaldo de un sillón.

"—¿Quién es? — preguntó.

"Valette salió de su escondite, y muy amable, con pasmosa naturalidad, acercóse a Cristián, le ofreció uno de sus propios cigarrillos, y dijo:

"—En el *grill* no ha tenido usted ni siquiera la atención de fijarse en mí... Voy a ver si ahora soy más afortunada...

"Severo, rehuyendo su contacto, Cristián replicó:

"—¿Quién le ha dado a usted permiso para entrar aquí?

"—Deseaba ver de cerca al hombre que ha rehusado un baile a la Valette.

"—Váyase usted, señora.

"—¿Será usted capaz de echarme de su habitación?

"—Echarla, no. Solamente voy a hacer que el criado la acompañe afuera.

"A una llamada de Cristián entró un criado en el cuarto.

"Rápidamente, Valette se adelantó a hablarle:

"—Traiga una botella de champaña.

"El conde no pudo oponerse al mandato de aquella desconocida y peligrosa mujer, pero se

esforzaba por mantenerse en actitud hostil, para obligarla a que abandonase la habitación.

"El criado trajo la botella encargada, y al cerrarse tras él, de nuevo y definitivamente, la puerta, Valette diabólica, puso al descubierto una parte de sus encantos, recostada en un diván.

"—Acérquese sin temor — dijo a Cristián — ... Yo no me como a los jóvenes desdénicos.. .

"Cristián avanzó hacia la hermosa, nublada la voluntad por la tentación.

"—Ahora, lléname la copa — dijo la venenosa.

"Sumiso, riñendo sorda batalló su voluntad v el deseo, Cristián obedeció

"—¡Beba a mi salud! ¿No hará eso por una pobre mujer que tan humildemente se lo pide? — prosiguió Valette.

"Cristián bebió, y se sentía cada vez más esclavo de aquella tentadora.

"—¿Quiere usted poner en el gramófono la "Marcheta", mi pieza favorita? — dijo luego la bailarina.

"Como un autómata, pendiente de los me-

nores deseos de ella, el conde cumplió también esta orden.

"El gramófono esparció por el cuarto las notas alegres de la "Marcheta".

"—Ahora, dígame usted... ¿por qué no quiso bailar conmigo? — preguntó Valette.

"—Porque no sé bailar... — dijo Cristián.

"—En mis brazos se aprende a bailar... ¡Ven!

"Cristián, loco de deseo, vencido en toda la línea, arrojó sobre la bailarina, pero ésta le devujo, negándole ahora las libertades que le ofreciera.

"Y Valette exclamó, triunfante, gozándose en la fiebre insatisfecha de Cristián:

"—¡Así quería yo verte!... ¡Ahora soy yo la que me permito el lujo de desdeñarte!

"Cristián quiso dominarla, pero la aparición de un criado, que acudía al timbrazo que dió Valette, le hizo desistir de su propósito.

"Valette salió del cuarto, y desde la puerta dijo al criado:

"—Tráigale un poco de tila al señor.

"Al día siguiente, después de una noche de insomnio, Cristián preguntó al conserje del hotel:

"—¿Puede usted decirme qué habitación tiene la señorita Valette?"

"—La señorita Valette salió en el rápido para París — contestó el preguntado.

Fascinado por la lujuriosa artista, el conde no se resignó a perderla. Proporcionóse un billete para París y salió hacia la Ciudad Luz a la mañana siguiente.

En París el nombre de Valette inundaba la ciudad, y todas las noches el público aplaudía frenéticamente a "la bailarina de la máscara de oro", que triunfaba en toda la línea.

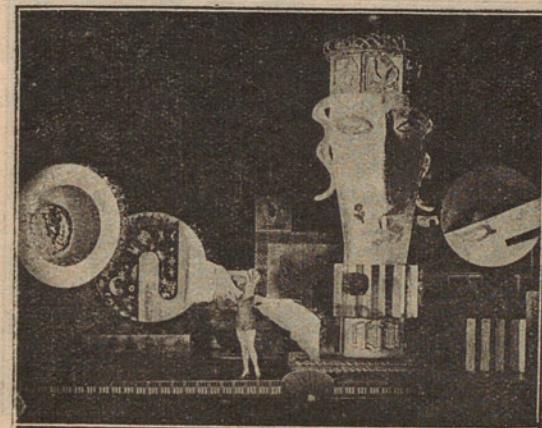
"Y cada noche, entre bastidores se desarrollaba un drama que quedaba en secreto para los espectadores.

"¿Qué drama era aquel?

"Valette nos lo podría decir... pero se guardaría de hacerlo.

"Cristián se decidió a ir a verla, y esperó entre bastidores la terminación de su trabajo para presentársele.

"La bailarina, al caer el telón, salió ligeramente de escena, desapareciendo hacia su cuarto. Cristián no alcanzó a detenerla.



...la bailarina de la máscara de oro, que triunfaba en toda la línea...

"Como el público aplaudía, la bailarina salió de su camarín, esta vez sin careta, y Cristián vió con ardor a la hermosa mujer.

"Valette recibió el homenaje del "soberano",

y a esta alegría añadióse la de verse, al salir por última vez, aquella noche, de escena, detenida por Cristián, que le suplicaba la reconciliación.



—Ya sabía que vendrías...

liación.

—Ya sabía qué vendrías... Quien estuvo un segundo en mis brazos, no puede olvidarlos... —le dijo ella.

IV

“En el domicilio de la Valette, después de la función, Cristián, a quien ella había aceptado como amigo íntimo porque era su mejor conquista, contemplaba varias caretas que había en una vitrina. Pero su asombro fué mayúsculo al constatar que una de las máscaras tenía extraordinario peso y un rostro de viejo.

“—Deja eso — le dijo Valette, disgustada por aquel examen de Cristián.

“—¿Para qué tienes tantas caretas? ¿Y ésta, también es tuya?

“—Mía, como todas. No me la he puesto nunca, como se supone, porque para trabajar no tengo otras que las que reflejan un rostro agra-

ciado y se adaptan perfectamente a mi rostro, por ser de seda de oro.

"—¡Qué capricho tener estas extravagantes máscaras!



...contemplaba varias caretas...

"—No las desprecies. Tú no sabes lo que valen. Goul, el hombre más rico del mundo, me regaló esta careta de oro porque a pesar de las

cantidades fabulosas que me ofreció, nunci pudo conseguir que bailase para él sólo.

"—¿Por qué no quisiste bailar sólo para ese hombre?

"—¡Qué preguntón es mi Cristián! El arte, querido, pertenece a las multitudes y no a una persona sola...

"—¿Y por qué bailas siempre con careta?

"—Bebe y no preguntes. Siempre se paga caro el pecado de curiosidad.

"Le pesaba a Cristián no poder sustraerse a la nefasta influencia de aquella diosa de la danza, y celoso de ella, inquirió:

"—¿Qué significa esta máscara?

"Valette contestó en el mismo tono que él, o sea, un tanto violentamente:

"—Conténtate con saber que te amo.. pero no intentes nunca descubrir los secretos que hay en mi vida.

"Y lo que nadie consiguió, lo consiguió Cristián. La Valette, que jugaba con los hombres, se convirtió a su vez en su juguete.

"Transcurrieron días de inefable placer para los enamorados.

"La bailarina, que le adoraba, le preguntó, eternamente tentadora:

"—¿Me quieres, Cristián... me amas de veras?

"El repuso, con vehemencia:



—¿Me quieres, Cristián... me amas de veras?

"—Amo tu arte... tus danzas fantásticas que tienen algo de ave y algo de reptil...

"Ella se enroscaba a su cuello, rendida, suplicante de caricias...

"—Amo tu vida... tu vida misteriosa, tu vida enigmática como el rostro de la Gran Esfinge...

"—Cristián... Cristián...

"—...y te amo a ti... porque en tus labios, en tus ojos, en tus brazos he bebido el licor que enloquece.

"—Bésame, Cristián.

"Se besaron con locura. Y en aquel momento, cuando Valette era más esclava de Cristián, al que no podría renunciar fácilmente, él le dijo:

"—¿Qué harías si yo te pidiera que bailases para mí sólo?

"Ella se desprendió presto de sus brazos, le miró con temor, y procurando ocultar su turbación contestó:

"—Pero, querido, ¿cómo quieres que baile sin música?

"—¡Oh! Si no es más que eso... yo sé tocar un poco el piano.

"—No me pidas que baile, Cristián.. te lo ruego por nuestro amor...

"—Es un capricho, vida mía... Compláceme... Lo quiero...

"Era inútil resistirse. No le convenía a la extraña mujer.

"—¡Bien! ¡Puesto que lo quieres, sea! ¡Bailaré para ti! Espera un poco... Voy a cambiarme de ropa.

Cristián estaba orgulloso de su triunfo, y esperó con mucha impaciencia. ¡Oh! Bailaría para él sólo. El sería el primer hombre que conseguía tal cosa, como prueba sublime de amor.

Valette entró en una de las habitaciones de su casa y dió una orden a alguien que se hallaba dentro de aquélla.

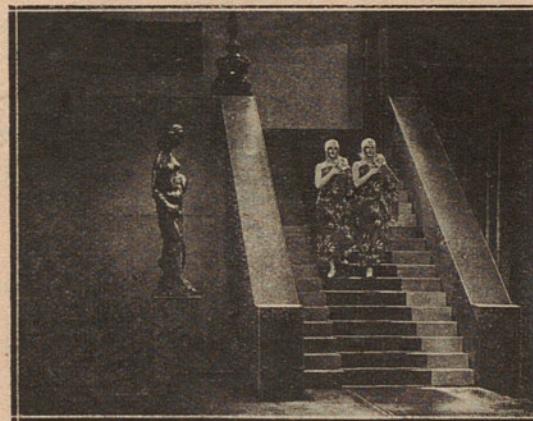
"—¡Vístete para bailar!

"¡...!

Este era el secreto de la Valette. La bailarina de la máscara de oro, la que galvanizaba al público noche tras noche, era su hermana, de cuerpo bello y de rostro horrible. Ella era hermosa, la otra era horrible; dos seres se fundieron en un solo nombre para crear un éxito mundial.

"Si en aquel momento Cristián hubiese asomado su rostro al exterior del saloncito en que aguardaba a Valette, la fingida bailarina, hubie-

se visto a dos mujeres descender una escalera juntas, como sombra una de otra, exactamente iguales de tipo.



...hubiese visto a dos mujeres descender una escalera juntas...

"Valette reunióse con Cristián, y después de asegurarse de que éste no se movería más del piano, ocultóse detrás de un cortinaje y em-

pujó fuera de ese escondite a su hermana, dándole la consigna de qué cuando terminase de bailar regresara en seguida al mismo sitio, para



...luchaba con Cristián, para desprenderse de sus brazos.

que ella pudiera aparecer, sin careta, ante Cristián. Esto era lo que hacía en el teatro, delante del público, cuando su hermana entraba en el

camarín, donde se efectuaba el cambio de personalidad de la artista.

"Iba a bailar la hermana de Valette y, mujer al fin, en su baile sensual de odalisca, quería desgranar el rosario de sus seducciones...

"Cristián seguía, ebrio de deseo, los movimientos lúbricos de la infeliz, que él creía era Valette, y no pudiendo contener su entusiasmo arrojóse sobre ella.

"—¡Mi diosa! ¡Valette! ¡Valette! — clamó.

"Valette, desde su escondite, hacía gestos desesperados a su hermana, y ésta, a su vez, luchaba con Cristián, para desprenderse de sus brazos.

"Pero fué inevitable: el enamorado conde, en el paroxismo de su fiebre carnal, rasgó el velo del misterio quitándole la careta a la hermana de la bella hipócrita.

"Un rostro horrible, de monstruo, mil veces más repugnante que el de la descarnada calavera, apareció ante Cristián, un segundo, menos que un soplo, para huir como un chispazo.

"Aquella impresión espantosa en aquel mo-

mento tan culminante de la fiebre de Cristián, provocó la parálisis, y las piernas del conde, heridas en sus nervios y en sus músculos, colgaron de su cuerpo como dos pobres marionetas sin vida".

...y el tren que se acercaba...
...y el tren que se acercaba...
...y el tren que se acercaba...
...y el tren que se acercaba...

V

Eran las ocho y cuatro minutos. Habían transcurrido cuatro minutos desde que el ferrocarril empezó su corto recorrido.

Mary estaba a punto de terminar la limpieza de la última "estación", cuando con las prisas dió un traspie y cayó al suelo, rompiéndose la cabeza de la figura que su padre debía terminar.

La figura rota y el tren que se acercaba...
¿Cómo arreglar en un minuto el desperfecto?

¡Oh! ¡Qué tortura!

Cristián, en tanto, seguía reviviendo su cruel pasado.

"Todos los esfuerzos de los médicos se estre-

llaron contra la gravedad de un mal que parecía incurable.

"Uno de los eminentes doctores que trataban de devolver la vida a sus piernas, le dijo:

"—Señor conde, quizá se pueda intentar la curación si usted nos cuenta exactamente lo sucedido. Necesitamos formarnos idea de la clase de impresión sufrida por usted..."

"Cristián no se atrevía a hablar. Una fuerza imperiosa le impedía revelar la verdad.

"El doctor insistió:

"—Si quiere usted curarse, no nos oculte nada. En estas enfermedades de los nervios, una impresión a tiempo puede ser salvadora.

"La esperanza de renacer a la vida de antes, decidió a Cristián a hablar.

"—Pues bien — dijo —, voy a contárselo todo.

"Se abrió la puerta de la clínica y entró Valette. Lo había oído todo, y dijo bruscamente, dominando con sus miradas a Cristián:

"—Señores, el señor conde sale hoy mismo conmigo para Viena.

"En Viena otra vez.

"Una "villa" encantadora; un estuche sumptuoso que guardaba dentro solamente miseria y dolor: la casa de Cristián.

"En el jardín de la espléndida morada, Valette escribía la siguiente carta:

"Querida hermana:

No temas nada. Nuestro secreto seguirá siendo secreto para todo el mundo. Yo no me separo del único hombre que lo conoce. Lo vigilo constantemente. No le permito hablar con nadie...

"Se interrumpió al ver llegar a Cristián en su sillón de paralítico, empujado por el jardinero.

"Cristián parecía otro, un muñeco sin resorte-



—¡Mi pobrecito mío!... Nunca te dejaré... ¡nunca!

—¡Mi pobrecito mío!... ¡Nunca te dejaré... nunca! — le dijo ella, fingiendo que seguía amándole como antaño.

"Y Cristián, que necesitaba creer, no protestaba...

"Un buen día, el barón de Lenar sintió la necesidad de enterarse del curso que seguían los amores de la taquillera del ferrocarril del Prater con el joven conde a quien él proporcionó la ocasión de conocer a la encantadora jovencita.

"Encontró a Mary llorando en la taquilla.

"La conocía desde aquel día, pero nunca le habló de lo que había hecho pensando en su felicidad desinteresadamente.

"—¿Por qué llora usted, señorita?

"—No... si no lloro...

"—Aunque usted me lo oculte, yo leo en su corazón. Usted llora por su amor.

"—¿Usted sabe? ¿Es que...?

"—No me pregunte nada ni trate de averiguar por qué me meto en este asunto... pero yo le traeré a Cristián..."

"Y el barón cumplió su promesa, o, por lo menos, intentó cumplirla.

"Fué a ver a Cristián en su palacio y le entregó un billete para un viaje en el ferrocarril del Prater.

"—Lágrimas sinceras han mojado este billete, joven — le dijo—. No haga sufrir más a esa muchacha...

"—¿Está usted seguro de que ese llanto era por mí... de que me sigue queriendo? — repuso Cristián pensando en la ingenua Mary, a la que tanto había amado y con la que tan villanamente se portó abandonándola.

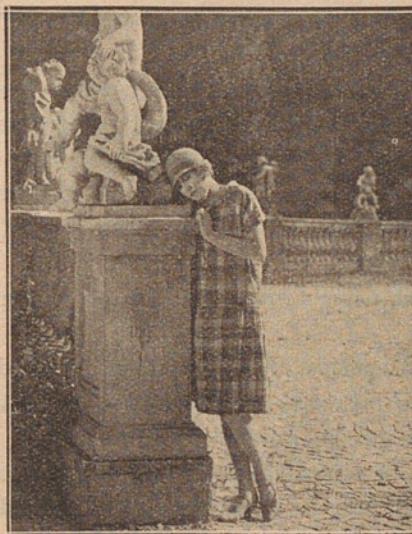
"—Sí — afirmó el barón—: le quiere.

"—¿Aunque me vea con eso, señor barón? — insistió Cristián señalando las muletas.

"—Una muchacha como Mary ama siempre, suceda lo que suceda. Es el manantial de agua fresca que encontrará después de haberse fatigado inútilmente en los caminos de la vida... Yo

haré que venga... Espérela mañana por la tarde.

"Y al día siguiente, la casa se remozó, perdió su aspecto de prisión, para reír en los rostros



...y quedó un momento llorando su desventura...

alegres, en los pétalos de las flores...

"Mary, jubilosa, siguió el consejo del barón; pero la fatalidad le deparó el encuentro con Valette, que estaba en la terraza.

"—¿Quiere usted hacer el favor de decirle a Cristián que estoy aquí? — dijo Mary a la desalmada mujer.

"La seudo bailarina creyó adivinar lo que Mary representaba para Cristián, y fingiendo ir a complacerla, se limitó a desaparecer hacia el interior de la casa, permanecer un momento en una habitación cualquiera y volver a salir; y dijo a Mary:

"—El señor conde dice que no puede recibirla.

"Desengañada, Mary se alejó, y quedó un momento llorando su desventura junto a una pilastra que la ocultó de Valette.

"No se contentaba la infame Valette con haber impedido la entrevista; quería ahondar en la herida, gozar con el dolor de Cristián.

"—Ha ~~estado~~ aquí una señorita preguntando por ti...

"—Dónde está? — inquirió con exaltación el infeliz.

"—Le he dicho que ~~estabas~~ enfermo y no podía recibirla.

"—Oh! Y ella... ¿qué dijo?

"—Ella... nada. Se fué.

"Y una congoja infinita se apoderó de Cristián, haciéndole llorar como un niño.

VI

"Transcurrieron nuevos días... días de angustia, de tedio, separados Cristián y Valette por una muralla de hostilidad.

"Una tarde el cielo se cubrió de densas nubes rápidamente.

"—Se aproxima la tormenta. Entre los muebles — dijo Valette al jardinero.

—¿Y el señor conde, está todavía en el jardín? — preguntó el buen hombre.

"—El señor conde está hace tiempo en sus habitaciones — mintió la pérvida mujer.

"Una vez más sentía Valette el placer morboso de hacer daño, de martirizar a aquel niño indefenso que el Destino había unido a su vida.

"¡Qué alivio si muriera!

"La lluvia descargóse sobre la tierra con fuerza.

"Cristián, imposibilitado de moverse en su silla, gritó:



—¿Quieres saber cuál es mi mayor deseo?

—¡Juan! ¡Juan!

"Afortunadamente, éste, el jardinero, pudo

óirle, porque aun no había entrado en la casa, y acudió en auxilio del lisiado.

"—¡Señor! Yo no sabía que estaba usted aquí. La señora me dijo que ya se había retirado a sus habitaciones.

"Rugiendo para sus adentros contra la desalmada, Cristián la disculpó a los ojos del criado:

"—La señora se habrá equivocado.

"Pero cuando vió a Valette en la casa, la llenó de temores con sus furiosas miradas que clamaban venganza.

"—¿Por qué me dejaste abandonado en medio de la lluvia?... ¿Qué es lo que pretendes?

"Abusando de la inmovilidad de Cristián, ella gritó, con crueldad de fiera:

"—¿Quieres saber cuál es mi mayor deseo? ¡Verme libre de ti, no tener siempre a mis espaldas tu grotesco sillón de paralítico!

"—¡Miserable! ¡Miserable!

"—¡Te odio y te odiaré mientras vivas! Porque tú has descubierto mi secreto, porque eres el grillete que me impide moverme con libertad".

Todos esos recuerdos habían atormentado aún más la mente del infel�ado Cristián.

El viaje tocaba a su término.

Mary, adoptando el recurso de "a grandes males, grandes remedios" suplió con su persona la figura rota, para representar el cuadro de la última estación: una samaritana — manantial de agua clara — oasis del caminante sediento —, y un pobre lisiado que le imploraba la curación.

Cristián iba a matarse, pero su gesto se detuvo al ver a la figura palpitante de la samaritana.

¿Qué era aquello? ¿Estaba soñando? ¿Dolía?

¡No! Estaba frente a la realidad.

—¡Cristián!! — gritó Mary, reconociéndole.

—¡Mary!! — dijo, a su vez, Cristián.

La impresión a tiempo, deseada por los médicos, fué proporcionada a Cristián por el encuentro de Mary, y así, como cosa de milagro, pudo el infeliz saltar del tren, libre de las muletillas, para caer, emocionado, a los pies de la amada que nunca debió haber abandonado.

Los médicos acertaron en su predicción: aque-

lla impresión fuerte, devolvió la vida a las piernas de Cristián. El horror las había paralizado... y el amor las curaba.



...para caer, emocionado, a los pies de la amada...

Adam, el dueño de la atracción, que no se había dado cuenta de que el ferrocarril regresaba solo, acercóse al coche de Cristián, que seguía en espera junto a la puerta de la estación

central, y dijo mirando al interior por la portezuela:

—Ha terminado la vuelta, señora.



...para entregarse en cuerpo y alma a gustar el placer de vivir con su Mary, su mujercita.

Pero no vió a nadie, y al regresar a sus dominios extrañóse mucho más de la ausencia de Cristián, del que no había más huellas en el

banco del tren que las muletas y el sombrero.

¡Caramba! ¡Qué extraño!
Pero no tardó en saber la verdad.

Y en un espléndido amanecer de felicidad, Cristián fué olvidando la horrenda pesadilla, para entregarse en cuerpo y alma a gustar el placer de vivir con su Mary, su mujercita.

FIN

Próximo número:

La sentimental novela

Juguete del Placer

Por Gloria Swanson y Tom Moore



MAGNÍFICO ASUNTO
que cautivará al lector

Gran éxito en el Coliseum de Barcelona



64 páginas
Numerosas escenas de la película
50 céntimos

COLECCIONE USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films
DE

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

*Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.-El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de París.-El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos.
||París...!!-Venganza de mujer.}*

Precio de cada libro: UNA PESETA

*Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón.-Rómula.-Janice Meredith.-El Fantasma de la Ópera.-El trozo vacante.-El Caid.-Madame Sans-Gêne.-América.-Cuando las mujeres aman.-El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Hila...-Demasiadas mujeres.-Nobleza batarra.-Centizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar.
El difunto Matías Pascal.-La marca de fuego.-Los Hijos de Nadie.-Pescador de Islandia.-La 8^a mujer de Barba Azul.-El Beso de la Victoria.-El proceño de Nan y Preston.-Justicia gitana.-La Poupée de París.
El abanico de Lady Windermeré.-Por la Patria. Amor de Padre.-El asalto al ambulante de Correos. Dick, el Guardia Marina.-Boy.-La conquista del Amor.-Bajo el cielo de Monte-Carlo.-La Barrera. La Hechicera.-Maternidad.-Los niños del Hospicio. El diablo santificado.-La calle del olvido.-¿eben tener hijos los pobres? Gorriones.-Rsa de levante.-El Traatlántico.-El hijo pródigo.-El mundo perdido.-La novia fingida. El místico.-La novela de una noche.-La que no sabía amar. Montecarlo.-Malvaloca. La Favorita de la Legión.-Los hombres que pagan.-¿Chico o chica? Su Alteza el Príncipe.-El circo del diablo.-La Máscara de Oro.*

Precio de cada libro: 50 céntimos

